

más brillantes y animados que se habían conocido en Madrid.

Pero no hablemos más del baile; yo prometo á mis lectores que entrarán en el número de los convidados, y juzgarán por sí mismos del esplendor de la fiesta.

Vuelvo á mi historia.

Dos dias despues de la visita que Adela hizo á *La Flor del Olvido* hallábase en uno de los salones de su casa nuestro ya conocido D. Jacinto Perez, agente de negocios, en familiar conversacion con uno de los criados de la alta servidumbre de los señores de Ferreira.

Y ¡cosa rara! los chispeantes y pequeños ojos de D. Jacinto no miraban al suelo en esta ocasion, sino que devoraban á Juan, el criado, deseando recoger y averiguar hasta sus más íntimos pensamientos.

—Yo te aseguro, decia aquel hombrecillo, que te daré participacion en un negocio de grandes utilidades; pero en cambio ya sabes que yo soy algo curioso...

—Y yo muy charlatan, repuso el criado sonriendo ante la idea de ser socio del Sr. Perez en un asunto lucrativo.

—Bien; pues sepamos por qué se me llama con tanta urgencia, y cuéntame lo que desde ayer haya ocurrido por aquí.

—A mi parecer, cosas muy importantes.

—Mejor, mejor; dime todo lo que sepas, que si hay cosas de provecho no tardarás en ser capitalista.

El criado se relamió y dijo:

—Ayer, despues que Vd. se marchó, no hubo nada que merezca referirse; pero esta mañana vino el señor

de Carvajal, acompañado de un individuo de muy mala facha, á ver á mi amo; los anuncié, y al momento fueron recibidos.

—Te pondrias en acecho, segun mis instrucciones, dijo el Sr. Perez, y escucharias toda la conversacion.

—Eso quise hacer; pero me fué imposible; cuando los tres estuvieron en el despacho, el amo cerró con llave, primero la mampara y despues la puerta, de modo que nada pude oír.

—¡Maldita contrariedad!... Sigue.

—Pasó como una hora, y las puertas volvieron á abrirse; el amo me llamó y me ordenó que el carruaje que estaba enganchado para él se pusiera á disposicion del hombre harapiento que habia venido con el señor de Carvajal. ¿Es verdad, Sr. Perez, que aqui hay algo de extraordinario?...

—Continúa, continúa, dijo impaciente el agente de negocios.

—Poco despues de haber marchado en el carruaje el hombre de mala traza, se presentaron un juez y un escribano, á quienes conozco de vista.

—¡Un juez y un escribano! exclamó palideciendo D. Jacinto.

—Sí, señor, afirmó Juan; entraron en el despacho, y... la misma operacion; el amo atrancó las puertas, y nada pude sorprender.

—¡Diablo! ¡Diablo!... Esto se complica, dijo el agente rascándose la nariz.

—A los pocos minutos salió otra vez el amo, y yo me presenté, como siempre, por ver lo que podia pes-

car; pero nada, me mandó que dijese á la señora que tuviera la bondad de ir al despacho, obedeci y la señora acudió inmediatamente; las puertas se cerraron de nuevo, y ni una palabra he podido escuchar.

—Pues todo eso, querido Juanito, vale bien poca cosa; si no tienes más que añadir...

—La señora estuvo en el despacho mucho tiempo; yo rondaba la puerta cuando salió, y me pareció ver en su semblante que no iba muy alegre.

—¡Hola! ¡Hola!

—Se dirigió á sus habitaciones y la seguí: entró en su gabinete, y también cerró la puerta...

—Vamos, Juan, veo que estás de desgracia.

—No es mucha mi suerte, dijo el criado con tono compungido; pero, en fin, aquí logré alguna cosa; la señora no cerró más que una puerta y pude atisbar lo que hacia, por el ojo de la llave.

—¡Gracias á Dios que hiciste cosa de provecho!

—La señora estaba sobresaltada y temblorosa; abrió su secreter, y de uno de los cajones sacó un rollo de papeles que se puso á hojear...

—Ya sé qué papeles son, dijo D. Jacinto con la misma seguridad que hubiera podido tener si hubiese estado en el gabinete de Adela: ¿y qué más has visto?

—Después de dar vueltas á aquellos papelotes los tiró con rabia sobre una mesa, y dijo en voz tan alta que yo lo pude oír: «no hay más que un hombre capaz de salvarme,» y yo para mis adentros contesté: «ese hombre es D. Jacinto.»

—Y puede que no te equivoques. ¿Conque la señora de Ferreira se confiesa á sí misma que mis servicios le son indispensables? preguntó el agente cuyos ojos brillaban como dos luces fosfóricas.

—Así parece.

—Bien, Juanito, muy bien; me da el corazón que has de hacer fortuna... ¿Y el juez y el escribano se fueron?

—No, señor; están todavía en el despacho, con el amo y el Sr. de Carvajal.

En aquel momento se levantó una cortina y apareció Adela.

Don Jacinto se transformó completamente, volviendo á ser el hombrecillo humilde cuya hipócrita mirada no se alzaba del suelo.

El criado se inclinó con respeto ante su señora.

—Márchate, Juan, dijo la de Ferreira dejándose caer en un sillón.

El agente hizo una profunda cortesía y se mantuvo inmóvil y silencioso aguardando las disposiciones de la dama.

Adela venía pálida, demudada y convulsa.

En sus manos traía un voluminoso legajo de papeles.

Cuando estuvo sola con el agente de negocios se volvió hacia él diciendo:

—Acerque Vd. una silla y siéntese, don Jacinto.

El señor Perez obedeció pronunciando su sacramental fórmula en estos casos:

—Estoy á las órdenes de Vd., señora.

—Amigo Perez, dijo la de Ferreira con tono grave; me encuentro, sin saber cómo, en una de esas circunstancias supremas de la vida, en las cuales es preciso luchar con entereza y decision si se quiere alcanzar la victoria: yo me hallo dispuesta á esa lucha, y necesito que Vd. me diga si puedo contar con su auxilio.

—Señora, estoy á las órdenes de Vd.; repitió don Jacinto sin salirse de su fórmula acostumbrada.

—Bien, repuso la de Ferreira examinando la cara de aquel hombre cuyos ojos permanecían tenazmente fijos en la alfombra; va Vd. á saberlo todo: mi marido ha encontrado á su hija...

—¿Qué hija? preguntó el Sr. Perez haciendo una mueca.

—Es verdad; Vd. no tiene noticia de nada de esto. Es una historia muy romántica, que va Vd. á conocer: el Sr. de Ferreira tuvo unos amores, antes de su casamiento, con una mujer llamada Carlota Vergara, y de estos amores nació una niña, cuya existencia ha ignorado hasta ahora mi marido.

—Eso es grave, dijo D. Jacinto acariciando su nariz.

—Así lo creo yo, repuso Adela; pues bien, esta niña es la que hoy viene reclamando el cariño de su afortunado padre.

—¿Y se ha probado debidamente, preguntó con frialdad D. Jacinto, que esa niña sea en realidad hija del Sr. de Ferreira?

—Así parece; pero como esas pruebas se hacen más ó ménos formalmente, según la condescendencia del

bienaventurado á quien se cuelga el milagro, y como además esas no son cuentas mías, he tenido que contentarme con lo que me han querido decir y con lo que yo he podido observar.

—¿Y qué ha visto Vd., señora?

—Cuando salí del despacho de mi marido se estaba levantando un acta legal de reconocimiento de esa dichosa hija...

—Que ha hecho muy mal en parecer, concluyó el Sr. Perez.

—Seguramente, afirmó la de Ferreira.

—¿Y Vd., señora, qué ha dicho?

—Lo que puede Vd. figurarse: cuando se me llamó para darme la noticia del feliz hallazgo, lloré de enternecimiento, manifesté la mayor alegría y prometí solemnemente que amaría á esa muchacha como si fuera mi propia hija; en fin, he ofrecido cuanto se puede ofrecer cuando hay el propósito de no cumplir nada.

—Perfectamente, dijo D. Jacinto atando en su imaginacion los hilos de aquella historia; ¿y el Sr. de Ferreira?...

—Está loco de contento.

Hubo una breve pausa en la que el buen Sr. Perez quedó muy pensativo.

—Pues, en resumen, dijo despues de su meditacion, no veo en todo esto nada de particular; el Sr. de Ferreira tiene hecha una cesion de sus pingües bienes á favor de Vd. con mucha anterioridad al descubrimiento de esa niña, y tal cesion es hoy tan válida como el día

en que se hizo; por esta parte no tiene Vd. nada que temer.

—Eso ya lo sabía, repuso Adela; mi mismo marido me lo acaba de asegurar, diciéndome que no es su ánimo quitarme con una mano lo que con otra me dió; que él posee todavía otros muchos bienes con que dotar á su hija, y que desde ahora trabajará más activamente para acrecentar su fortuna.

—Es una excelente idea, afirmó D. Jacinto.

—No es mala; y lo mejor que hay en ella es que el Sr. de Ferreira tiene la intencion de irse á trabajar al Brasil...

—Adonde Vd. no le acompañará.

Adela miró á su agente con una expresion muy significativa, que claramente queria decir: «no soy tan necia.»

D. Jacinto no alzó los ojos del suelo; pero leyó en el semblante de Adela esta contestacion.

—A propósito, dijo la de Ferreira, el dia antes al de mi marcha á París encargué á Vd. un pasaporte...

—Sí, señora, interrumpió D. Jacinto sacando una gran cartera y de ésta un papel; aquí está; hace ya tiempo que me acompaña.

—Deme Vd.

—Ahí verá Vd., señora, agregó el agente entregando á Adela el pasaporte falso, que la persona que vaya con Vd. podrá pasar por su marido, circunstancia de la cual Vd. no me habló, pero que yo la he creído prudente.

Adela examinó despacio aquel documento, y cuando hubo concluido dijo:

—Está bien; ahora le daré á Vd. su precio.

El agente hizo una inclinacion sin despegar sus labios.

—¿Y qué hacemos de esa dichosa Margarita? continuó Adela.

—¿Es ese el nombre de la hija recién hallada? preguntó D. Jacinto.

—Nombre aborrecido y maldito como la persona que lo lleva, respondió la de Ferreira con el acento del encono más profundo.

—Dispénsame Vd., señora, si la digo que no comprendo ese arrebato, expuso el Sr. Perez; la fortuna de Vd. está bien asegurada, y nada tiene que temer de esa Margarita.

—No se trata ya de mi fortuna, contestó Adela despechada.

—Entonces no adivino...

—Vd. no sabe todo el mal que esa mujer me ha hecho y el que aún me puede hacer; que mi marido hubiera hallado una hija ó ciento, me tendria tan tranquila; pero que esa hija sea... quien es, hé aquí la atalidad; hé aquí lo que de repente arroja en mi existencia la amenaza, el peligro y el espanto.

—¿Eso es posible, señora? preguntó con asombro D. Jacinto.

—No tardará Vd. en convencerse de ello, contestó Adela; entre tanto, vamos á lo que más urge: vea usted esos papeles.

Y la de Ferreira dió el legajo que habia traído á don Jacinto, quien lo colocó en una mesa inmediata y silenciosamente se puso á examinar uno por uno aquellos documentos.

Adela mientras duró este exámen quedó entregada á las ideas que le habian hecho acariciar los sucesos de aquel dia.

Su imaginacion volcánica formaba mil proyectos absurdos, que ella misma desbarataba despues, para crear otros nuevos que á su vez quedaban destruidos.

Es decir, que en su cabeza se estaba elaborando el trabajo de la tela de Penélope.

Al cabo murmuró para sí:

—Estoy resuelta; buscaré á Antunez y le diré: «tu casamiento con la hija de Ferreira no se puede realizar; sin tu amor la vida seria para mí una carga insupportable; ya soy libre, ya soy tuya solamente; he roto mis cadenas, y soy inmensamente rica; huyamos; y si no quieres huir, si no me amas, al ménos no me rechaces; deja que viva á tu lado hasta que venga mi marido, ese hombre brutal, y me asesine en tu presencia»... ¡Oh! Antunez no será tan cruel; le ablandarán mis lágrimas y mis súplicas, y puesto que vertió su sangre por mí, huirá conmigo y seremos felices.

El Sr. Perez, muy satisfecho de su trabajo, porque presentia que habia de serle de gran utilidad, interrumpió el monólogo de Adela diciendo:

—Señora, todos estos documentos están en debida forma, y son corrientes.

La de Ferreira descendió á estas palabras del mundo de ilusiones á que se habia remontado, y preguntó:

—¿Y serán fáciles de realizar?

—Segun el tiempo que Vd. me conceda.

—Cuarenta y ocho horas.

Por los ojos del buen Sr. Perez cruzó una mirada de codicia y repuso:

—Poco tiempo es, y en tan corto plazo la operacion va á ser muy costosa.

—Ya he dicho á Vd. en otra ocasion, añadió Adela, que jamás escatimo el precio de los servicios que se me hacen.

—Muy bien, señora; pasado mañana tendrá Vd. su dinero, dijo D. Jacinto ordenando y atando el legajo de papeles que se colocó despues debajo de un brazo, disponiéndose á marchar.

Adela le detuvo con estas palabras:

—Todavía necesito de Vd. para otro asunto más importante.

—Estoy á las órdenes de Vd., señora, contestó el agente sin separarse de su fórmula ordinaria.

La de Ferreira clavó en él sus penetrantes ojos y prosiguió:

—Se trata de hacer desaparecer á una persona.

D. Jacinto por la primera vez levantó su mirada sobre Adela, y bajándola en seguida dijo con acento hipócrita:

—Señora, negocios de esa clase no los entiendo yo.

Y haciendo una humilde reverencia se dirigió á la puerta de la sala.

—Tres mil duros doy por ese servicio, añadió la de Ferreira.

—¡Tres mil duros!... repitió D. Jacinto deteniéndose.

—Doy hasta cuatro mil.

—¿De qué se trata, señora? preguntó el agente volviendo al lado de Adela.

—De una cosa muy sencilla; de hacer que una persona no pueda molestarme durante cuatro ó seis días.

—Entendido; es lo que se suele llamar un secuestro.

—¿Conque estamos conformes? interrogó Adela impaciente.

—Haré cuanto esté en mi mano, sin olvidarme de la policía; mas para esto necesito instrucciones.

En aquel instante sonaron fuera de la sala las voces de varias personas que se iban acercando.

—¡Chist! viene gente, dijo Adela imponiendo silencio á D. Jacinto; sígame Vd.; en mi gabinete estaremos con más libertad, y nos pondremos de acuerdo.

El Sr. Perez echó lá andar detrás de la de Ferreira frotándose las manos y diciendo para sí:

—¡Esta mujer es un tesoro!

El reconocimiento.

Tiempo es ya de que os diga algo de los misteriosos planes que en cierto modo habian alterado las costumbres del Sabueso.

La existencia de este hombre, suspendida entre un remordimiento y un temor, era para él un prolongado martirio.

Y á pesar de todo, por cima de su miedo á la justicia y de las acusaciones de su conciencia, que no le permitian un instante de reposo, habia en él un sentimiento superior á su propia voluntad, dueño absoluto de su alma, que lo dominaba imperiosamente, y este sentimiento era el amor.

El amor bajo cualquiera de sus distintas manifestaciones, porque después de haber recibido de Consuelo el más cruel desengaño, Bernardo no amó á ninguna otra mujer, y, sin embargo, continuó sintiendo la necesidad de amar.